

Bécquer desde Veruela

Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA

En un mes de diciembre de hace ahora ciento veinticinco años falleció en Madrid Gustavo Adolfo Domínguez Bastida –Gustavo Adolfo Bécquer en el mundo de las letras–, nació en 1936 en el sevillano barrio de San Lorenzo. Una excusa la de esa fecha de aniversario, porsupuesto innecesaria en una personalidad como la suya, siempre vigente, para acercarnos al gran poeta de las Rimas, una de las cumbres de la lírica española de todos los tiempos. Y lo haremos sobre un triple aspecto que nos descubren sus cartas *desde mi celda*¹ Escritas en 1864 en el monasterio zaragozano de Veruela, a las faldas de Moncayo, en la época en que el poeta convalenció allí de su enfermedad, estas nueve *cartas literarias* nos hablan de un Bécquer meditativo que nos descubre sus más íntimas vivencias. Triple aspecto que nos aproxima, ciento veinticinco años después de su muerte, al gran poeta sevillano.

I. PERIODISMO

Gustavo Adolfo Bécquer trabajó como periodista. Algunos dicen que más por necesidad de procurarse algún medio de vida que por una afición que no sentía, pero, con vocación o sin ella, Bécquer hizo periodismo y, metido en él, llegó a experimentar "aquella fiebre fecunda" de la actividad de las redacciones en el batallar continuo por "ese océano sin fondo, ese abismo de cuartillas que se llama periódico, especie de tonel que, como el de las Danaidas, siempre se le está echando original y siempre está vacío" (pág. 12)².

Bécquer inicia su colaboración periodística en *La Floresta Andaluza* y el *El Céfire* de su ciudad natal. Según Gamallo Fierros³, "Cupido" y "Arlequín" pudieron ser al-

¹ Se ha utilizado la cuarta edición de Espasa-Calpe, Madrid, 1968 (Colección Austral 788).

² La paginación corresponde a la edición utilizada.

³ Sobre la obra periodística de Bécquer véanse los estudios de Marañón Moya, Pageard, Sainz de Medrano y R. Benítez, y en concreto sobre *Desde mi celda*, los de J. Montero Padilla y Sánchez Reboredo. Un volumen que recoge y actualiza la relación de Bécquer con Veruela es *Actas del Congreso "Los Bécquer y el Moncayo" celebrado en Tarazona y Veruela. Septiembre 1990*, Centro de Estudios Turiasonenses. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1992. Edición de Jesús Rubio Jiménez.

gunos de los seudónimos empleados por el joven Gustavo Adolfo. Un año antes de abandonar Sevilla y tomar el camino de Madrid, ya colabora en periódicos de la Villa y Corte. Tiene entonces diecisiete años. A los dieciocho se instala en Madrid donde, a bandazos de su natural bohemio y las exigencias del subsistir diario, va surgiendo su producción literaria y poética, hito de las letras españolas.

Su época dorada dentro del campo del periodismo es la de *El Contemporáneo*, de 1860 a 1865, donde realiza una labor anónima y múltiple: cronista parlamentario, de sociedad, redactor de gacetillas, de sueltos, avisos, notas, artículos políticos, crónicas, ensayos y donde publica, también, poemas, sus rimas y algunas leyendas. Cuando muere, su amigo Ramón Rodríguez Correa recogerá esta labor poética en *El Contemporáneo* para integrarla en la primera edición de sus obras completas.

Gustavo Adolfo Bécquer forma parte de la redacción de *El Contemporáneo* desde su primer número, 20 de diciembre de 1860. El periódico, dirigido por José Luis Alvareda, se proponía combatir al gobierno de O'Donnell (y, por tanto, a la Unión Liberal que él representaba) y exponer la posición política del partido Moderado (conservador). Bécquer actúa de director de éste periódico durante tres meses, con motivo del nombramiento de Alvareda como embajador en La Haya. Posteriormente, Bécquer se adscribirá a los planteamientos políticos de Bravo y Narváez, en contra de Alvareda, con lo que abandona *El Contemporáneo*, que desaparecerá el 31 de octubre de 1865, cuando O'Donnell suba al poder.

En *El Contemporáneo* Bécquer ha dejado las páginas admirables de *Desde mi celta. Cartas Literarias*, escritas cuando el antiguo cenobio cisterciense de Veruela hallábase convertido, tras su exclaustación, en hostería⁴. "Ya instalado en una celda, y haciendo una vida mitad por mitad literaria y campestre, espera vuestro compañero y amigo recobrar la salud, si Dios es servido de ello, y ayudaros a soportar la pesada carga del periódico en cuanto la enfermedad y su natural propensión a la vagancia se lo permitan" (pág. 30).

Allí, entre los muros del expropiado monasterio, "en el fondo del melancólico y silencioso valle" de Veruela, Bécquer convalece de la terrible tuberculosis que le llevó a la tumba a la temprana edad de 34 años. Convalece, se cuida de su salud, pero sin romper los hilos que con el mundo exterior le liga la llegada diaria de "su" periódico, que espera con impaciencia durante horas: "Todas las tardes, y cuando el sol comienza a caer, salgo al camino que pasa por las puertas del monasterio para aguardar al

⁴ Veruela estuvo a cargo de los monjes cistercienses desde el siglo XII hasta la desamortización de 1835. Véase *Veruela, Monasterio cisterciense*, de Laurent Dailliez, Diputación Provincial de Zaragoza, 1987.

conductor de la correspondencia que me trae los periódicos de Madrid" (pág. 33). Allí se levanta la *Cruz negra de Veruela*, hoy llamada *Cruz de Bécquer*, "y allí, sentado al pie de la cruz, y teniendo en las manos un libro que casi nunca leo, y que muchas veces dejo olvidado en las gradas de piedra, estoy una y dos y a veces hasta cuatro horas aguardando el periódico" (pág. 35). Son curiosas las páginas de su carta segunda sobre el tema del periodismo:

"Yo juzgo de la impresión que pueden hacer ideas que nacen y se desarrollan en la austera soledad de estos claustros por la que a su vez me producen las que ahí hierven y de las cuales diariamente me trae *El Contemporáneo* como un abrasado soplo. Al periódico que todas las mañanas encontramos en Madrid sobre la mesa del comedor o en el gabinete de estudio, se le recibe como a un amigo de confianza que viene a charlar un rato, mientras se hace hora de almorzar, con la ventaja de que, si saboreamos un veguero mientras él nos refiere, comentándola, la historia del día de ayer, ni siquiera hay necesidad de ofrecerle otro, como al amigo. Y esa historia de ayer que nos refiere es, hasta cierto punto, la historia de nuestros cálculos, de nuestras simpatías o de nuestros intereses, de modo que su lenguaje apasionado, sus frases palpitantes, suelen hablar a un tiempo a nuestra cabeza, a nuestro corazón y a nuestro bolsillo: en unas ocasiones repite lo que ya hemos pensado, y nos complace hallarlo acorde con nuestro modo de ver; otras, nos dice la última palabra de algo que comenzábamos a adivinar, o nos da el tema en armonía con las vibraciones de nuestra inteligencia, para proseguir pensando. Tan nítidamente está enlazada su vida intelectual con la nuestra, tan una es la atmósfera en que se agitan nuestras pasiones y las suyas" (págs. 32-33).

Apología de un género, el periodístico, que unas páginas más atrás amplía de forma entrañable, nostálgica, recordando a sus compañeros, a su periódico, a sus ambientes profesionales:

"Como lo he visto nacer, como desde que vino al mundo he vivido con su vida febril y apasionada, *El Contemporáneo* no es para mí un papel como otro cualquiera, sino que sus columnas son ustedes todos, mis amigos, mis compañeros de esperanzas o desengaños, de reveses o de triunfos, de satisfacciones o de amarguras. La primera impresión que siento, pues, al recibirlo es siempre una impresión de alegría, como la que se experimenta al romper la cubierta de una carta en cuyo sobre hemos visto una letra querida, o como cuando en un país extranjero se estrecha la mano de un compañero y se oye hablar el idioma nativo. Hasta el olor particular del papel húmedo y la tinta de imprenta, olor especialísimo que por un momento viene a sustituir al perfume de las flores que aquí se respira por todas partes, parece que hiere la memoria del olfato, memoria extraña y viva que indudablemente existe, y me trae un pedazo de mi antigua vida: de aquella inquietud, de aquella actividad, de aquella fiebre fecunda del periodismo. Recuerdo el incesante golpear y crujir de la máquina que multiplica por miles las palabras que acabábamos de escribir y que salían aún palpitando de la plu-

ma; recuerdo el afán de las últimas horas de redacción, cuando la noche va vencida y el original escasea; recuerdo, en fin, las veces que nos ha sorprendido el día corrigiendo un artículo o escribiendo una noticia última, sin hacer más caso de las poéticas bellezas de la alborada que de la carabina de Ambrosio".

¿Quién hubiera imaginado este último comentario en nuestro gran lírico?

Y continúa Bécquer:

"Al fin, rompo la faja del periódico y comienzo a pasar la vista por sus renglones, hasta que gradualmente me voy engolfando en su lectura, y ya ni veo ni oigo nada de lo que se agita a mi alrededor. (...) Paréceme asistir de nuevo a la Cámara, oír los discursos ardientes, atravesar los pasillos del Congreso, donde entre el animado cuchicheo de los grupos se forman las futuras crisis, y luego veo las secretarías de los ministerios, en donde se hace la política oficial; las redacciones, donde hierven las ideas que han de caer al día siguiente como la piedra en el lago, y los círculos de la opinión pública, que comienzan en el casino, siguen en las mesas de los cafés y acaban en los guardacantones de las calles. Vuelvo a seguir con interés las polémicas acaloradas, vuelvo a reanudar el roto hilo de las intrigas, y ciertas fibras embotadas aquí, las fibras de las pasiones violentas, la inquieta ambición, el ansia de algo más perfecto, el afán de hallar la verdad escondida a los ojos humanos, tornan a vibrar nuevamente y a encontrar en mi alma un eco profundo. *El Diario Español, El Pensamiento o La Iberia* hablan de esto, afirman aquello o niegan lo de más allá –dice *El Contemporáneo*; y yo, sin saber apenas dónde estoy, tiendo las manos para cogerlos, creyendo que están allí a mi alcance, como si me encontrara sentado a la mesa de la redacción" (págs. 37-38).

Bécquer, en la carta quinta, se nos muestra como un auténtico profesional del periodismo cuando estando en la cercana población de Tarazona, visitando la plaza del Mercado, observa y entrevista a unas mujeres del vecino pueblo de Añón que han picado su interés: "Se despertó en mí la idea –escribe– de hacer un estudio más detenido de sus costumbres, enterándome del punto de que procedían y el género de tráfico en que se ocupaban". Así "So pretexto de ajustar una carga de leña de las varias que tenían sobre algunos borriquillos pequeños, huesudos y lanudos, trabé conversación con una de las que me parecieron más juiciosas y formales, mientras las otras nos aturdían con sus voces, sus risotadas o sus chistes". Y añade; "Mi conversación, en la que por incidencia toqué dos o tres puntos de los que deseaba aclarar fue, por tanto, todo lo insuficiente que, dadas las condiciones del sitio y de mis interlocutoras, se podía presumir". (pág. 78). Vemos, pues, a Bécquer inquiriendo, sonsacando periodísticamente aquello que puede aportar luz e interés sobre la vida de aquellas mujeres. Por cierto, que en la plaza del Mercado de Tarazona, a la que se refiere Bécquer, hay hoy una placa que recuerda este hecho. "Tarazona a Gustavo Adolfo Bécquer", dice la leyenda.

que añade: "Esta plaza antigua del mercado fue visitada en distintas ocasiones por el famoso poeta y descrita en sus CARTAS DESDE MI CELDA en 1864 (Carta Quinta)".

Al dejar *El Contemporáneo* Bécquer va a *Los Tiempos*, donde escribe un artículo anónimo, "El partido angélico", arremetiendo contra sus antiguos compañeros. El periodismo era entonces eminentemente polémico, agresivo y crítico, y estas disputas entre colegas, el pan cotidiano.

Funda un periódico político, *Doña Manuela*, afecto a la Unión Liberal que había tomado el poder con O'Donnell, y cuya cabecera era un homenaje, según dicen, a la esposa del general. Impreso en unos talleres muy conocidos en aquél entonces por su diversidad de empresas, Moliner y Cía, el periódico sólo tuvo un número, publicado el 26 de septiembre de 1865, en el que colaboraron dos firmas prestigiosas: Eduardo Lustonó, un conocido periodista de la época, y Miguel Ramos Carrión, que obtendría un gran éxito teatral posteriormente.

A lo largo de más de medio año, en 1866, sustituye a León Galindo de Vera en la dirección del *Museo Universal. Periódico de Ciencia, Literatura, Artes, Industria y Conocimientos Útiles*, revista ilustrada de gran éxito en la que participó, como dibujante, su hermano Valeriano, pintor y grabador de calidad. Valeriano acompañó también a Veruela a Gustavo Adolfo, y dibujó bellos rincones del cenobio cisterciense y de la zona moncaña. Pero la actuación de Bécquer al frente de *El Museo* fue, al parecer, poco afortunada y le sucede otro poeta, Ventura Ruiz Aguilera⁵.

Bécquer fue, además, colaborador de *La América. Crónica Hispanoamericana*, fundada por don Eduardo Asquerino, una de las más importantes revistas doctrinales del siglo XIX, que pervivió a lo largo de los años 1857-1874, y en la que tuvieron especial presencia las ideas que conducirían a la revolución de 1868. Dirigió asimismo *El Entreacto* y de *La Ilustración de Madrid* (1870), y colaboró junto a su hermano Valeriano en el satírico *Gil Blas*.

Gustavo Adolfo Bécquer hizo, fundamentalmente, un periodismo literario. En periódicos publicó toda su obra, poética y narrativa. Pero también hizo periodismo anónimo, de redactor de mesa y calle. De esta labor callada Bécquer nos da una visión curiosa, insospechable en nuestro soñador oficial de poéticas visiones, cuando dice

⁵ *El Museo Universal* cumplió una etapa importante del periodismo ilustrado desde el 15 de enero de 1857 al 28 de noviembre de 1869, con directores como José Gaspar, Nemesio Fernández Cuesta y Giner de los Ríos.

refiriéndose a los periodistas: "En Madrid, y para nosotros en particular, ni sale ni se pone el sol: se apaga o se enciende la luz, y es por la única cosa que lo advertimos".

Una visión, ciertamente, poco "becqueriana".

II. PAISAJE

Bécquer, enfermo de tuberculosis, va al monasterio de Veruela para convalecer durante un año en aquellas soledades. Una placa-homenaje nos lo recuerda hoy en el patio de entrada del monasterio: "En un doloroso alto de su vida (1864), Gustavo Adolfo Bécquer vivió la cristiana paz de este recinto legándonos como fruto sus *Cartas desde mi celda*. La Asociación Amigos de Bécquer, en su peregrinar por los lugares que conocieron el paso del poeta de las Rimas, vino a este monasterio de Santa María de Veruela el domingo 24 de julio de 1955 para dejar este sencillo recuerdo". La placa es de mosaico y lleva pintada la clásica estampa de su cabeza.

Desde aquí enviará a *El Contemporáneo*, de Madrid, del que era redactor, una serie de nueve artículos, en forma de cartas, contando sus impresiones múltiples sobre el paisaje, la gente, las leyendas que aún inquietaban los ánimos colectivos y los acontecimientos reales –y no por ello menos fantásticos que las leyendas– de los habitantes de aquellos lugares.

La primera carta es un sobrosísimo relato –que recuerda *Bola de sebo*, de Maupassant y hasta el *Viaje a la Alcarria*, de Cela–, de los diversos medios de locomoción que tuvo que usar el poeta, con el estudio pintoresco de sus compañeros de viaje, para llegar desde Madrid al monasterio: tren, diligencia y mula, en las tres etapas de su trayecto, Madrid-Tudela, Tudela-Tarazona y Tarazona-Veruela.

Gustavo Adolfo se nos descubre también como un gran paisajista. Bécquer profundiza de tal manera en el paisaje que éste acaba siendo un estado de su propio espíritu. Su comunión con el entorno, su identificación con lo que le rodea hace que sean sus propias vivencias las que configuren el paisaje. Bécquer hace al paisaje en su trascender anímico sobre la naturaleza. Y de este modo, el paisaje se constituye en motivo de reflexión. El paisaje se hace filosofía.

Veruela es un universo cerrado, donde el mundo exterior es el ajetreo, la ambición sin sentido: "Heme aquí transportado de la noche a la mañana a mi escondido valle de Veruela", comienza en su primera carta, con ese posesivo entrañable, "mi escondido valle", del que ya ha hecho suyo, familiar, un trozo de naturaleza. "En el fondo de este valle, cuya melancólica belleza impresiona profundamente, cuyo eterno silencio agrada y sobrecoge a la vez, diríase que los montes que lo cierran como un valladar inaccesible me separan por completo del mundo" (págs. 1-2).

Su relato itinerante nos lleva a Tudela, "un pueblo grande con ínfulas de ciudad" y después a Tarazona, "calles estrechas, torcidas, oscuras", para la que tiene el piropo más sabroso que pudiera darse, parangonarla con Toledo: "Tarazona es una ciudad pequeña y antigua; más lejos del movimiento que Tudela, no se nota en ella el mismo adelanto, pero tiene un carácter más original y artístico. Cruzando sus calles con arquillos y retablos, con caserones de piedra llenos de escudos y timbres heráldicos, con rejas de hierro de labor exquisita y extraña, hay momentos en que se cree uno transportado a Toledo, la ciudad histórica por excelencia" (págs. 25-26).

Y llega por fin al monasterio: "En el fondo del melancólico y silencioso valle, al pie de las últimas ondulaciones del Moncayo, que levanta sus aéreas cumbres coronadas de nieve y de nubes, medio ocultas entre el follaje oscuro de sus verdes alamedas y heridas por la última luz del sol poniente, vi las vetustas murallas y las puntiagudas torres del monasterio" (págs. 29-30). Es la llegada al retiro, a la soledad, al interior de uno mismo.

La historia del monasterio se remonta a 1141 cuando el príncipe Pedro de Atarés, protegido por la Virgen, según la tradición, de una gran tempestad ocurrida en el Moncayo, ofrece levantar un templo a la Señora. La protección milagrosa de la Virgen al príncipe aragonés nos la cuenta Bécquer en la novena carta, donde afirma: "Llamaron a este sitio *La aparecida*, porque en él aconteció, hará aproximadamente unos siete siglos, el suceso que dio origen a la fundación del célebre monasterio de la Orden del Císter, conocido con el nombre de Santa María de Veruela" (pág. 141).

En 1146 llegan del monasterio cisterciense Scala Dei, en la Gascuña, doce monjes para iniciar la fundación y construcción del cenobio moncaíno. La consagración de la iglesia es el año 1248. Entre 1544 y 1660 se hacen diversas obras, como la construcción del enorme recinto amurallado que feudaliza su estructura, y los añadidos platerescos y barrocos posteriores. En 1835, con la desamortización de Mendizábal, los monjes han de abandonar el monasterio. Veruela y su heredad fueron divididos en seis lotes que se vendieron en subasta en 1844. Se creó entonces una Junta conservadora del monasterio, que actuó desde 1846 hasta 1877. El monasterio propiamente dicho se convirtió en hostería. Es en esta época cuando Bécquer pasa allí con su hermano Valeriano, el año de convalecencia. Un par de celdas son mostradas como las posibles, sólo posibles, habitaciones que ocuparon los dos hermanos. Junto a una de las puertas hay un retrato del poeta.

En 1877 se instala en el antiguo cenobio cisterciense la Compañía de Jesús que procede a algunas restauraciones e imprime de estilo jesuítico la austeridad constructiva del Císter. En 1932 se produce el segundo abandono del monasterio, por la expulsión de los jesuitas de España, y pasa a convertirse en sanatorio. En 1939, con la vuelta de los jesuitas tras nuestra guerra civil, el edificio se convierte en noviciado y

casa de Ejercicios Espirituales. En 1973 Veruela revierte al Estado como monumento nacional y hoy es usufructuado por la Diputación Provincial de Zaragoza, que lo ha destinado a usos culturales.

El romántico Bécquer se hermana con el alma de las viejas piedras del cenobio convertido en hostería: "Nada más hermosamente sombrío que este lugar. Por un extremo del camino limita la vista el monasterio, con sus arcos ojivales, sus torres puntiagudas y sus muros almenados e imponentes; por el otro, las ruinas de una pequeña ermita se levantan al pie de una eminencia sembrada de tomillos y romeros en flor".

La descripción del edificio es hermosísima: "Atravieso el patio de armas, con sus arcos redondos y timbrados, sus bastiones llenos de saeteras y coronados de almenas puntiagudas" (pág. 40). Así nos lleva por el recinto hasta que "por último, entro en el claustro, donde ya reina una oscuridad profunda. La llama del fósforo que enciendo para atravesarlo vacila, agitada por el aire, y los círculos de luz que despiden luchan trabajosamente con las tinieblas. Sin embargo, a su incierto resplandor pueden distinguirse las largas series de ojivas, festoneadas de hojas de trébol, por entre las que asoman, con una muesca muda y horrible, esas mil fantásticas y caprichosas creaciones de la imaginación que el arte misterioso de la Edad Media dejó grabadas en el granito de sus basílicas: aquí, un endriago que se retuerce por una columna y saca su deforme cabeza por entre la hojarasca del capitel; allí, un ángel que lucha con un demonio y entre los dos soportan la recaída de un arco que se apunta al muro" (págs. 41-42).

En Tarazona, en la antigua plaza del Mercado, como ya hemos dicho, hay una plaquita que recuerda cómo Bécquer estuvo por allí y cómo en su carta quinta describe el ambiente pintoresquísimo de las reuniones mercantiles que se producían en aquel lugar. Hoy la plaza ya no tiene aquel antiguo menester y su aspecto es notablemente distinto al que nos cuenta el poeta. Conserva, no obstante, el principal monumento de aquel entonces, la bellísima fachada de su Casa-Ayuntamiento, un edificio renacentista que Bécquer comentó entusiasmado:

"Renuncio –nos dice– a describir el panorama del mercado con sus extensos soportales, formados de arcos macizos y redondos, sobre los que gravitan esas construcciones voladas tan propias del siglo XVI, llenas de tragaluces circulares, de rejas de hierro labradas a martillo, de balcones imposibles de todas formas y tamaños, de aleros puntiagudos y de canes de madera, ya medio podrida y cubierta de polvo, que deja ver a trechos el costoso entalle, muestra de su primitivo esplendor" (pág. 74).

Y prosigue: "Las dobles hileras de casuquillas de extraño contorno y extravagantes proporciones, éstas altas y estrechas como un castillo, aquéllas chatas y agazapadas entre el ángulo de un templo y los muros de un palacio, como una verruga de argamasa y escombros; los recortados lienzos de edificios con un remiendo moderno,

un trozo de piedra que acusa su antigüedad, un escudo de pizarra que oculta casi el rótulo de una herrería, un retablillo con una imagen de la Purísima y su farol ahumado y diminuto, o el retorcido tronco de una vid que sale del interior por un agujero practicado en la pared y sube hasta sombrear con un todo de verdura el alféizar de un ajimez árabe, confundidos y entremezclados en mi memoria con el recuerdo de la monumental fachada de la Casa-Ayuntamiento, con sus figuras colosales de granito, sus molduras de hojarasca, sus frisos por donde se extiende una larga y muda proce-sión de guerreros de piedra precedidos de timbales y clarines, sus torres cónicas, sus arcos chatos y fuertes y sus blasones soportados por ángeles y grifos rampantes..." (págs. 74-75).

Bécquer, en fin, tiene un recuerdo para la "atrasada agricultura y la pobre industria de este rincón de España" (pág. 76), y una especial mención para la población de Añón, entre los lugares del Somontano, "el más original por sus costumbres y el más pin-toresco por sus alrededores y posición topográfica" (pág. 80).

Las tres últimas cartas de Bécquer nos hablan de historias de brujerías y de leyen-das. Aquí nos reencontramos con el Bécquer conocido de todos, con el Bécquer narrador de fantasías y escalofríos, con el autor de "El Miserere", "El monte de las ánimas", con este Edgard Allan Poe español que, como el americano, tantos temores puso en nuestras lecturas infantiles.

La vigencia de la brujería en tiempos de Bécquer está en ese episodio de las brujas de Trasmoz, triste y terrible confirmación del oscurantismo de aquellas gentes, aisla-das del espíritu de su tiempo, a pesar de hallarse ya en pleno siglo XIX, ese siglo que, como dice críticamente el propio Bécquer, era "amante de la novedad por excelencia, siglo aficionado hasta la exageración a lo flamante, lo limpio y lo uniforme".

"Desde tiempo inmemorial es artículo de fe entre las gentes del Somontano que Trasmoz es la corte y punto de cita de las brujas más importantes de la comarca. Su castillo, como los tradicionales campos de Barahona y el valle famoso de Zugarramurdi, pertenece a la categoría de conventículo de primer orden y lugar clásico para las grandes fiestas nocturnas de las amazonas de escobón, los sapos con collareta y toda la abi-garrada servidumbre del macho cabrío, su ídolo y jefe" (pág. 104), dice con sorna el poeta.

Cuenta Bécquer en estas cartas varias historias relacionadas con la tradición bruje-ril del castillo de Trasmoz que, fundado por un nigromante en el espacio de una noche, había llegado a ser, con el correr del tiempo, y tras su abandono como bastión gue-rrero en las luchas de Aragón y Castilla, punto de reunión, en ciertas noches del año, de todas las brujas del contorno. Hasta que un cura de gran santidad, conocido como mosén Gil el Limosnero, gracias a sus virtuosas plegarias y exorcismos, logró alejar

del lugar a aquella satánica caterva, pero el diablo no podía dejar así las cosas y decidió reconquistar para su dominio el lugar de Trasmoz, para lo que utilizó a una joven sobrina del cura, llamada Dorotea, que fue acogida por el caritativo eclesiástico al morir la madre de la joven. Dorotea, de dieciocho primaverales años, amiga de lujos y de fiestas, no pudo caer en lugar menos a propósito para sus caprichos y ambiciones que aquel modesto hogar, donde no se pensaba sino en atender a los pobres. Un día, mientras estaba a la puerta de casa pensando en su triste sino, se le acercó una vieja mendicante que, al poco, le ofreció satisfacer todos sus deseos si servía a su Señor, y no tardó en convencerla de que sustituyese el agua bendita que tenía mosén Gil en una pila a la cabecera de su cama –y con la que cada anochecer bendecía, desde la ventana de su cuarto, el castillo– por el líquido que la vieja, o mejor bruja, traía en una botija verde. Así, Dorotea consiguió vestidos y joyas y ser la más admirada joven del lugar, al mismo tiempo que las brujas, inútiles ya las aspersiones del pobre mosén Gil, se aposentaron de nuevo en el castillo y camparon a sus anchas por todo el contorno, prolongando por los siglos la fama de Trasmoz como lugar de brujas, hasta llegar a la desgraciada tía Casca, que sería despeñada por los lugareños allá por el año 1850 y a cuyas herederas aún conoció Bécquer en su visita a Trasmoz, tal como nos lo cuenta en la carta octava.

La historia de mosén Gil el Limosnero, su sobrina Dorotea, y toda la dinastía de las tías Casca, junto al mágico origen del castillo de Trasmoz (carta novena), se convierte en manos de Bécquer en una pieza antológica de la literatura demonológica. Bécquer, desde Veruela, reencuentra el espíritu de sus leyendas. El paisaje se impregna de leyenda, se hace leyenda. Y es que Bécquer hace al paisaje.

III. MEDITACIONES

Las cartas *Desde mi celda* ponen al descubierto los íntimos pesares y esperanzas de nuestro poeta. Bécquer desnuda su alma, alumbrando los recovecos de su corazón ante nosotros, nos hace participar, mejor que a través de sus poemas o leyendas, en sus vivencias de hombre romántico, de hombre en conflicto con su tiempo.

Bécquer se nos muestra, esencialmente, hombre religioso, hombre que no resuelve su crisis de persona, de ente social, sino en la búsqueda de la trascendencia; impotente, quizá, para superar los condicionamientos materiales cotidianos; incapaz, decididamente incapaz, de aspiraciones mundanas.

En la segunda carta nos confiesa: "A esta distancia y en este lugar me parece mentira que exista aún ese mundo que yo conocía, el mundo del Congreso y las redacciones, del casino y de los teatros, del Suizo y de la Fuente Castellana, y que exista tal como yo lo dejé rabiando y divirtiéndose, hoy en una broma, mañana en un funeral, todos de prisa, todos cosechando esperanzas y decepciones, todos corriendo detrás de una cosa que no alcanzan nunca, hasta que, corriendo, den en uno de esos lazos silencio-

sos que nos va tendiendo la muerte y desaparezcán como por escotillón con una gacetilla de epitafio" (págs. 42-43). Y un poco más adelante: "No veo en esa agitación continua, en ese ir y venir, más que lo que ve el que mira un baile desde lejos: una pantomima muda e inexplicable, grotesca unas veces, terrible otras" (pág. 43).

Reflexiones lúcidas, pesimistas, desencantadas, agudamente críticas, sobre unas formas de vivir extravertidas, superficiales, que su sensibilidad no acepta. Allí, entre las piedras del viejo cenobio cisterciense de Santa María de Veruela, la meditación se hace más honda, más íntima, recalca en el fondo de su espíritu, en el sentido último de las cosas. Bécquer se descubre en Veruela. O mejor, Veruela descubre a Bécquer. En este retiro, su "alma está ya tan serena como el agua inmóvil y profunda. La fe en algo más grande, en un destino futuro y desconocido, más allá de esta vida, la fe de la eternidad, en fin, aspiración absorbente, única e inmensa, mata esa fe al pormenor que pudiéramos llamar personal, la fe en la mañana, especie de agujijón que espolea los espíritus irresolutos y que tanto se necesita para luchar y vivir y alcanzar cualquier cosa en la tierra".

Ya nos sobran más retratos del poeta. Los médicos nos hablarán de los aspectos psicossomáticos de su enfermedad, ayer terrible, traumatizadora. Hay, ciertamente, una amarga frustración vital, pero es, fundamentalmente, resultado de una personalidad introvertida que recela de lo exterior. Bécquer no es un poeta, un bohemio, un idealista, un soñador. Bécquer es el poeta, el bohemio, el idealista, el soñador. Así no era fácil llegar a viejo. Murió a los 34 años.

"Yo soñaba entonces (nos dice de su infancia) una vida independiente y dichosa, semejante a la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer" (pág. 51). La bohemia, la nostalgia utópica de la libertad del pájaro, símbolo tópico pero expresivo de la alienación que el hombre descubre en su inserción obligada en una sociedad que no le gusta, que está lejos de adaptarse a su medida.

De ahí que Bécquer repudie las ambiciones humanas. Ambiciones que sólo contribuyen a alienarnos un poco más. Bécquer se nos presenta asumiendo una actitud romántica de renuncia, una posición franciscana, de "florezilla" humilde y discreta en el gran campo de la vida. La sombra de su enfermedad, la sospecha de un cercano acabamiento están, sobre todo, presentes: "Mi corazón, a semejanza de nuestro globo, era como una masa incandescente y líquida que poco a poco se va enfriando y endureciendo. Todavía queda algo que arde allá en lo profundo, pero rara vez sale a la superficie. Las palabras amor, gloria, poesía, no me suenan al oído como me sonaban antes. ¡Vivir!... Seguramente que deseo vivir, porque la vida, tomándola tal como es, sin exageraciones ni engaños, no es tan mala como dicen algunos; pero vivir oscuro y dichoso, en cuanto es posible, sin deseos, sin inquietudes, sin ambiciones, con esa felicidad de la planta que tiene a la mañana su gota de rocío y su rayo de sol; después,

un poco de tierra echada con respeto y que no apionen y pateen los que sepultan por oficio; un poco de tierra blanda y floja que no ahogue ni oprima; cuatro ortigas, un cardo silvestre y alguna hierba que me cubra con su mano de raíces, y, por último, un tapial que sirva para que no aren en aquel sitio ni revuelvan los huesos" (págs. 57-58).

Con lo que concluye: "He aquí, hoy por hoy, todo lo que ambiciono; ser un comparsa en la inmensa comedia de la Humanidad y, concluido mi papel de hacer bulto, meterme entre bastidores sin que me silben ni me aplaudan, sin que nadie se de cuenta siguiera de mi salida". Y todo esto porque Bécquer va creyendo más cada día "que de lo que vale, de lo que es algo, no ha de quedar ni un átomo aquí" (pág. 58).

Respuesta espiritualista a toda su problemática humana. Dios nos aguarda al final ("en cuanto al alma, dicho se está, siempre he deseado se encaminase al cielo", pag. 50) y aquí, en la tierra, es consuelo de las injusticias presentes. Porque si "hay en este mundo desigualdades que asustan" (pág. 84), nos dirá al final de su carta quinta, "Dios aunque invisible, tiene siempre una mano tendida para levantar por un extremo la carga que abrumba al pobre. Si no, ¿quién subiría la áspera cumbre de la vida con el pesado fardo de la miseria al hombro?" (pág. 85).

Bécquer desde sus cartas nos adentra en su personalidad más íntima. Bécquer se nos hace próximo, y en la proximidad se nos hace mucho más patente su descarnada, su dolorida sensibilidad.

En la tercera carta nos dirá: "En aquél punto en que todas aquellas viejas locuras de mi imaginación salieron en tropel de los desvanes de la cabeza donde tengo arrinconados, como trastos inútiles, los pensamientos extraños, las ambiciones absurdas, las historias imposibles de la adolescencia, ilusiones rosadas que, como los trajes antiguos, se han ido ajando ya y se han puesto de color de ala de mosca con los años, fue cuando pude apreciar, sonriendo, al compararlas entre sí, la candidez de mis aspiraciones juveniles" (pag. 50).

Sonrisa triste, desilusionada; engañoso contrapunto que nos es necesario para vivir en un mundo de adultos, mundo de niños frustrados y perdidos en un bosque incomprendible. Cínico contrapunto también, para poder soportar la vida. Aunque sólo sean treinta y cuatro años. El caso de Bécquer, poeta y niño perdido de la vida.